

# La Vieja Pista de la Ciudad Universitaria

Por Miguel Calvo  
Fotos: José Luis



José Luis Martínez, Blanca Miret, José Manuel Ballesteros, Jaime López-Amor, José Luis Torres, Jorge González Amo, Jesús Rancaño, Bernardino L. (antiguo alumno de José Luis Torres), Juan Gil (cuidador, compañero, amigo... y prácticamente como un hijo para José Luis Torres), y Regino García

*“No perdamos la perspectiva, yo ya estoy harta de decirlo, es lo único importante  
La Colmena, C*

# aria

vo.  
Hernández.



ombao, Enrique Díaz Tejeiro  
ia-Badell, de izquierda a derecha.

importante.”  
amilio José Cela

*Los que vivieron aquellos años no podrán olvidar las puestas de sol velazqueñas y el aire que rompía por la tarde la recta de Poniente, las risas por las anécdotas contadas por los más veteranos y vividas en su deambular deportivo, la admiración por la forma de entrenar y las marcas conseguidas por los atletas extranjeros y, como no, escuchar, cuando se podía, a Pedro Escamilla, periodista de magnífica pluma y comentarista de atletismo, cantar sin tener que envidiar nada a Lucho Gatica “Reloj no marques las horas”, mientras que los entrenadores se entrenaban también y pasaban de ser maestros a colegas.*

*El tema no acababa ahí, pues para eso estaba el bar Rugby con sus bocadillos y cervezas (la Coca Cola no había invadido todavía España), donde se seguía hablando en grupos más restringidos, y no digamos del “Puente” al que se iba a bailar con la ilusión de poder ligar y aprovechar a la vuelta la oscuridad de la noche del Parque del Oeste.*

*El atletismo en Madrid, Jaime López-Amor Herrero*



*Teodoro no solo era el responsable del vestuario, si no que era el encargado de cuidar las pistas, según él las mejores de España (menudo cabreo se cogía cuando conocimos Berazubi y le decíamos que aún eran mejores...). Pero su cuidado era exquisito y requería un trabajo largo y meticuloso: quitar agujeros, alisar, regar, pasar el rulo, marcar (con una jabalina) las líneas de las calles y luego pintar con cal esas líneas. El día de la competición las pistas lucían de manera inmejorable y el olor de tierra mojada siempre lo recordaré. Claro que todo ese trabajo suponía que en los dos o tres días anteriores a la competición ya no las podíamos utilizar, y que no se nos ocurriera pisarla....*

*La Universitaria, el SEU, las pistas, Jorge González Amo*





La vieja pista de ceniza de la Ciudad Universitaria de Madrid, escondida junto al Parque del Oeste entre silenciosas avenidas repletas de colegios mayores que desembocan en el Puente de los Franceses y en el remanso de la Ciudad de Campo, sigue siendo uno de los mejores lugares para huir de las prisas y reconciliarnos con el ambiente universitario que podemos encontrar en el ruidoso y frenético Madrid de siempre, en la vieja planta con tallitos verdes en cuyo hervidero de calles la gente se cruza presurosa sin pensar en el de al lado, tal y como definió Camilo José Cela a la gran ciudad.

La Ciudad Universitaria, fundamental para la formación del eje Noroeste de Madrid, tiene su origen en un Real Decreto de 1927, según podemos leer en la página web de la propia Universidad Complutense. Para su ejecución se eligieron los terrenos de La Moncloa por la calidad de su suelo y su pertenencia a la Corona, que los cedió para hacer posible el proyecto aprobado que, bajo la dirección del arquitecto Modesto López Otero, se había concebido como un todo unitario formado por tres grandes elementos: los puramente académicos (facultades), los de gestión político-administrativa y de representación (rectorado, paraninfo, biblioteca...) y los elementos residenciales de esparcimiento (residencias para profesores, colegios mayores para el alumnado y pistas deportivas).

*“Alfonso XIII encargó a una comisión el estudio de los campus universitarios de Estados Unidos con el objetivo de copiar aquí el mismo modelo – nos cuenta José Luís Martínez, antiguo mediofondista y entrenador fundamen-*



Miguel Calvo, autor del reportaje, junto a José Manuel Ballesteros, Blanca Miret y Regino García-Badell.

tal del atletismo español, mientras paseamos por las propias instalaciones deportivas del complejo universitario madrileño - La estructura de las instalaciones es inmejorable, en un gran rectángulo con distintos niveles en el que se suceden los distintos elemen-

*tos que lo conforman, con los emblemáticos campos de rugby de los equipos Cisneros y Arquitectura ocupando el espacio central y todos los elementos conectados por los caminos laterales”.*

La primera cita oficial que tenemos de la



**José Luis Torres, el padre del atletismo español.**

vieja pista de ceniza data del Festival Atlético (80m, 400m, 80m, 150m, lanzamiento de jabalina, salto con pértiga y 4x100m) que se celebró como “Inauguración de la Primera Zona de los Campos de Educación Física de la Ciudad Deportiva” el 19 de noviembre de 1931, y desde su inauguración se convirtió en escenario imprescindible de los orígenes del atletismo madrileño y español. No en vano, hasta el año 1958 en el que se inauguraron las pistas del Parque Sindical Deportivo de Puerta de Hierro fue la única pista

en la que se podía competir en la capital, y siguió siendo el centro de toda la actividad atlética hasta la inauguración de Vallehermoso en 1962 y de las cercanas pistas del INEF en la temporada 1968-1969.

En la actualidad, testigo de los cambios que se han producido en nuestro país en estos ochenta y cinco años y escondida en la parte más alta de las instalaciones deportivas, la vieja pista continúa latiendo olvidada por el paso del tiempo, recuerdo de un pasado cargado de romanticismo en el que los atletas cavaban sus propios hoyos para impulsarse en la sali-

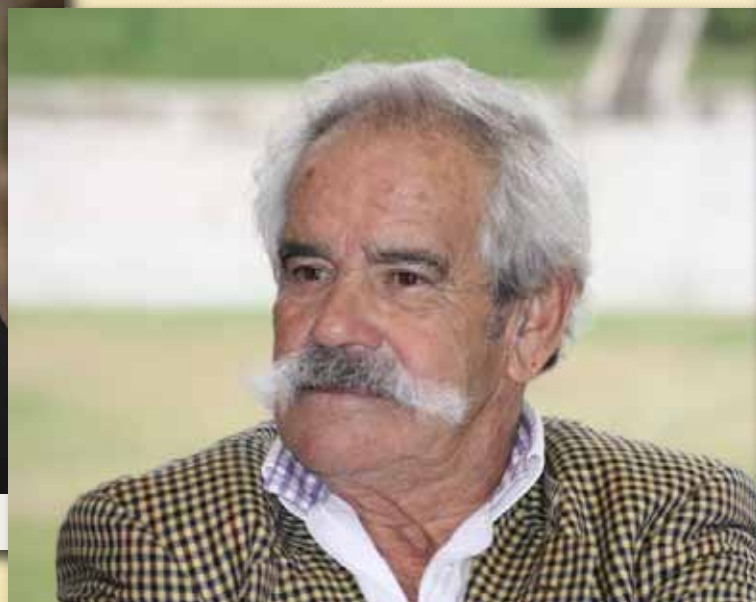
da y que alcanzó su apogeo en la mitad del siglo veinte, en una época en la que el deporte y la vida se vivían de una forma bien diferente.

La tribuna principal, cuyo primer gradetrío se inauguró el 7 de mayo de 1932 y que se levantaba junto a la recta de meta, donde se ponía un toldo cuando se producía la visita de alguna autoridad, ya no existe, igual que las viejas casetas de los vestuarios, pero la pista sigue *“resistiendo de forma impresionante el paso de las décadas, igual que siempre, si acaso un poco menos rojiza pero con la textura de siempre”*, como nos recuerdan los propios atletas que crecieron en ella.

Junto a la meta, la campana que anunciaba la última vuelta continúa en su sitio, como si su sonido hubiese quedado atrapado en el tiempo. Los círculos para los lanzamientos, e incluso los últimos restos del pasillo de saltos, todavía pueden descubrirse entre el césped y unos viejos mástiles desnudos separan la pista del campo de rugby de más abajo, todos ellos testigos de tiempos mejores.



Jaime López Amor



Bernardino Lombao

En la actualidad, tan lejos de aquella época, unas canchas de vóley-playa instaladas en el centro de la pista y las risas de los jóvenes universitarios que juegan bajo el cielo madrileño o que simplemente descansan sobre el verde han sustituido a los atletas y entrenadores que prácticamente inventaron aquí nuestro atletismo en los años cincuenta y sesenta y, al tiempo, un moderno y colorido grafiti pintado en el muro con el lema “no cuentes los días, haz que los días cuenten” de Muhammad Ali nos recuerda cómo ha cambiado todo medio siglo después.

La tímida lluvia de un mediodía de noviembre da un pequeño respiro y, como si regresáramos a aquellos años en los que la Ciudad Universitaria era el epicentro del atletismo madrileño y español, nos reunimos en ella con un buen puñado de atletas y entrenadores que protagonizaron aquella época.

En torno a José Luis Torres – ocho veces plusmarquista español entre peso y disco, maestro de maestros, figura clave para entender el atletismo español – y en vísperas de su noventa cumpleaños, tenemos el placer de reunirnos con Blanca Miret, José Manuel Ballesteros, Enrique Díaz Tejeiro, Regino García-Badell, Juan Gil, Jorge González Amo, Bernardino Lombao, Jaime López-Amor, José Luís Martínez y Jesús Rancaño.

“¡Todavía estáis aquí! ¡Qué barbaridad!” grita Bernardino Lombao entre risas, abrazos y saludos tantos años después. Y rodeados de anécdotas, historias y recuerdos sobre los que están y los que ya se fueron, y al ritmo que marcan las piernas

de Torres, damos una vuelta a la vieja pista de color gris y después nos sentamos a compartir un café y una maravillosa tertulia en las mesas del pequeño bar que, bajo los árboles, sigue haciendo de camino de entrada a uno de los lugares más emblemáticos de la historia de nuestro atletismo que, todavía hoy, podemos seguir teniendo prácticamente como era en su día.

“Básicamente podemos establecer tres etapas bien diferenciadas en la historia de esta pista, que son a las que pertenecemos los que estamos hoy aquí” cuenta el velocista Jaime López-Amor, campeón de España de 100 metros en 1957 y plusmarquista nacional de 400 metros en 1961. “En primer lugar, el atletismo español que comenzó tras la guerra en los años cuarenta y al que perteneció Torres como atleta. En segundo lugar, con Torres ya como entrenador junto al resto de entrenadores de los colegios de los que veníamos todos, el atletismo de los años cincuenta, que fue una época con mucho atletismo en Madrid. Y por último, y con la residencia (Moscardó, antigua Blume) ya en marcha, la primera parte de los años sesenta con el núcleo de entrenadores que Torres fue creando a su alrededor con muchos de los que habíamos sido sus atletas para entrenar a los más jóvenes que se iban incorporando, antes de que definitivamente llegara el tartán a Madrid, primero con el estadio

Vallehermoso y después con la pista del INEF, poniendo fin a la época que se vivió en este lugar”, recuerda López-Amor trazando la historia del atletismo español que pasó de los atletas pioneros y autodidactas de los años cuarenta a la especialización del atletismo y del entrenamiento que comenzó a darse de manera más exhaustiva en los años sesenta, siempre con el propio José Luís Torres y la pista de ceniza de la Ciudad Universitaria como nexos de unión.

“Torres fue mi maestro, mi entrenador, el hombre que me enseñó todo en el atletismo. Y siempre es fundamental destacar que, siendo el padre del atletismo español, durante toda su vida fue de una modestia total - cuenta José Manuel Ballesteros -. Como entrenador, entrenaba desde mediofondistas a pertiguistas y no es que sacara a algún atleta bueno, sino que todos sus atletas eran excelentes. Como maestro, en la Escuela Nacional de Atletismo fue un profesor ejemplar. Pero ni de una forma ni de otra hubo manera de conseguir que dejase constancia de su sabiduría más que a través de lo que transmitía directamente a sus propios alumnos”, recuerda el que fuera director de la Escuela Nacional de Entrenadores desde 1970 a 1975 y desde 1980 a 1988, mientras que en silencio, con su discreción habitual siempre ajeno a elogios y homenajes, Torres escucha y disfruta teniendo cerca a sus alumnos y amigos.



Jesús Rancaño



Jorge González Amo

*“Esta pista fue protagonista y juez del atletismo español de los años cincuenta y todo lo que nació entonces, con las competiciones escolares y universitarias como eje central”,* afirma Bernardino Lombao, atleta internacional de 400 metros vallas y afamado entrenador.

*“Fueron unos tiempos preciosos, cargados de romanticismo”,* añade Ballesteros, y entre unos y otros nos detallan las propias reglas que establecía la pista, cargada de peculiaridades impensables hoy en día, y que marcaron los inicios del atletismo español.

La cuerda de la pista medía 300 metros (301, como apuntillan todos los atletas que la conocen palmo a palmo), con la recta principal de 120 metros y la contra recta de 108 metros, con sus respectivas zonas de saltos y lanzamientos, y en definitiva, con unas medidas tan poco comunes hoy en día que hacían que, por ejemplo, la salida de la carrera de doscientos estuviese en la recta contraria de meta o que disciplinas como el relevo de cuatro por cuatrocientos metros o los cuatrocientos metros vallas se convirtiesen en un auténtico follón, incluso con los operarios cambiando las vallas de sitio a toda prisa.

*“En su origen, la pista tenía solo cuatro calles, pero tras las obras de la tribuna principal pasaron a ser seis, convirtiéndose en siete en la recta principal”,* apunta López-Amor. *“Las curvas eran infernales* – recuerda Jesús Rancaño, plusmarquista español de 400 metros hasta en cinco ocasiones, de 4x100 en una ocasión y de 4x400 otras tres veces entre 1959 y 1962 - *Los jóvenes siempre se quedan impresionados de que prácticamente corriésemos sobre arena”.*

La calle número uno solía estar en tal mal estado que prácticamente imposibilitaba cualquier buena marca al atleta que corriese por ella, e incluso todavía se puede ver el bordillo de piedra redondeado que delimitaba la pista y al que reconocen que tenían mucho miedo *“porque como los pisaras te ibas al suelo y podías hacerte mucho daño”,* tal y como recuerda el propio Rancaño.

En otro orden de curiosidades, la salida de las vallas estaba tan pegada a la pared que prácticamente no quedaba sitio para que los atletas se pudiesen colocar. Los saltadores de altura y

de pértiga vivían pendientes de caer en tierra, todavía sin los bloques de goma espuma y las posteriores colchonetas que surgieron más adelante. Y los entrenamientos, ejemplo del ambiente único que se vivía en aquel entonces, se convertían en toda una aventura, con series de todas las distancias en la pista mientras que en el césped convivían los que rodaban por él, los que hacían diagonales e incluso los que practicaban los lanzamiento largos, quienes en ocasiones, como Miguel de la Quadra-Salcedo, buscaban lanzar el artefacto a los campos de rugby que estaban más abajo, y que con gritos de *“idisco!, ijabalina!”* avisaban a los que estaban corriendo sobre algún artefacto descontrolado o que, en el mejor de los casos, obligaban a todo el mundo a detener su entrenamiento para realizar un tiro con menos peligro.

Ejemplo de otros tiempos, los encargados de cuidar las pistas (Teodoro, junto a su ayudante Ignacio) quitaban los agujeros que los propios velocistas cavaban para ayudar a impulsarse en la salida, alisaban y regaban la pista y marcaban las líneas de las calles con una jabalina para después pintarlas con cal. Luego, con las pistas ya engalanadas, los universitarios, todos con traje y corbata como era lo habitual en cualquier día escolar de la época, abarrotaban la grada principal e incluso se amontonaban en la calle que hay detrás del muro y la valla que delimitan la pista y el recinto para ver el atletismo gratis en caso de que fuese alguna competición de pago.

*“Vivo obsesionado con cuantificar la diferencia que puede haber de correr aquí a hacerlo en una pista de tartán de cuatrocientos metros, y siempre que estoy con José Luís Martínez se lo pregunto”,* cuenta entre risas Rancaño, a lo que el propio Martínez, dejando claro lo difícil de la comparación por factores tan diferentes como la propia superficie, las curvas y el hecho de que antes se dejasen las calles número uno, dos y tres a los mejores atletas, acierta a aventurar entre uno y dos segundos de diferencia por cada vuelta de cuatrocientos metros.

*“Aquí fue la primera prueba que corrí en mi vida* – recuerda Jaime López-Amor, cuya vida atlética estuvo siempre ligada a esta pista - *. Era el Trofeo Nebrija y estábamos aquí la pandilla de amigos. Solo tenía 13 años, pero José (Torres)*

*me dijo que por qué no me apuntaba. Corrí y gané, y luego en casa, al enseñar la medalla y decir que era atleta, mi padre, sorprendido, no paraba de preguntarme que dónde corría. Ya no dejé de hacerlo en esta pista hasta los 21 años, cuando me retiré muy joven”.*

*“Todavía recuerdo cuando llegué a esta pista queriendo hacer atletismo – relata Ballesteros -. Torres estaba entrenando en el centro de la pista, se vino conmigo e hizo una marca en el suelo, sin ni siquiera llevarme a la salida. “Sal de aquí y corre” me dijo antes de cronometrarme una vuelta en lo que fueron mis inicios en este deporte.”*

Y Jorge González Amo, el más joven de todos, recuerda las primeras veces que vino a esta pista siendo tan solo un niño de la mano de su padre, antiguo atleta, para ver la histórica exhibición de estilo español de jabalina de 1956 y un encuentro internacional que enfrentó a España y Alemania un año después, y del que todavía recuerda la victoria de Tomás Barris. *“Es que todos ellos eran mis ídolos – afirma González Amo -. Recuerdo la emoción de un día que me crucé con Marti (José Luís Martínez) en la calle Coslada, a la salida de la Residencia General Moscardó, y me dio la hora”,* cuenta entre risas el que fuera plusmarquista español de mil quinientos metros en 1968.

Y entre tantas curiosidades y anécdotas, a través de todas las conversaciones pronto comienzan a desfilar muchos de los personajes que realmente simbolizan aquella época, como si fuesen su propia alma.

Teodoro y su ayudante Ignacio eran los encargados del mantenimiento de las instalaciones, del cuidado del guardarropa donde los atletas dejaban las bolsas y vestimentas, pues pocos eran los afortunados que contaban con taquillas, y del vestuario, que constituía en sí mismo un ecosistema propio donde los atletas pasaban casi más tiempo que en la pista y donde veteranos y jóvenes compartían experiencias y risas en esas edades en las que los más jóvenes van forjando su carácter.

*“Teodoro era todo un personaje vestido con un mono azul y una boina pequeña inclinada sobre su coronilla que no tapaba su calva – relata Jorge González Amo -. Era un auténtico castizo madrileño por su forma de hablar y sus chascarrillos, aunque no sabíamos, yo por lo menos, si era de Madrid. Vivía por Tetuán en una casa vieja y estaba en pleitos porque querían derruirla y enviarlo al extrarradio, como él decía. Tenía un ayudante, Ignacio, que era muy diferente a él, pero amable, serio y muy trabajador. También trabajaba una mujer, Juana, encargada del vestuario femenino. Seguramente la mujer menos agraciada que he visto en mi vida, pero que era la bondad personificada. Entraba con toda naturalidad tanto en nuestro vestuario como en las duchas para pasar la fregona, y los gritos en broma de los que estaban allí cuando aparecía, superaban en mucho a los que dábamos cuando nos caía el chorro de agua fría, la única que había. Ella se partía de risa y nos ridiculizaba por lo que veía. ¡Qué tiempos!”*

*“Teodoro siempre con una castaña en el bolsillo de su mono azul para evitar el dolor de cabeza”, recuerda López-Amor. “Y su gran colección de frases como el “no te estiiiiiras ni en la cama” cuando le dábamos la escasa propina de una peseta al guardarnos la percha con la ropa o su “pero que gilipollas vaaas a ser” como permanente estribillo”,* cuenta González Amo. *“Y aquella ginebra que te daba cuando te cogías una pájara y que te levantaba el alma”,* añade Lombao entre risas, *“pero que no la veías nunca, siempre guardada bajo llave”,* apunta Rancaño al tiempo que recuerda el chorro de agua congelada de la ducha que terminaba de revitalizar los cuerpos fatigados, mientras se compartía el jabón que allí dejaba Teodoro.

Junto a los encargados de las instalaciones, la tertulia se puebla de incontables nombres de los atletas que fueron los auténticos protagonistas de estas pistas, entre los que se pueden citar lanzadores como José María Elorriaga o Miguel de la Quadra-Salcedo y sus infinitas anécdotas; saltadores de altura como *“el personalísimo Juan Ignacio Ariño (el primer plusmarquista espa-*



**José Luis Martínez, José Luis Torres y Jesús Rancaño.**

*ñol en utilizar el clásico estilo de rodillo en 1957), siempre impecable y con su zapatilla de cuña, o López Aguado mirando al cielo”,* como recuerda López Amor; saltadores de longitud como Peralta y Ruiz Capillas; velocistas como Llana, Tuduri, de Hoz, Matallana o el propio López-Amor; cuatrocentistas como Rancaño y Martín Puertas *“el Negro”*; mediofondistas como Daniel Poyán, Cabrera y Julio Gómez *“el ruso”, “uno de los niños de Rusia que con su gran valía deportiva y personal se ganó enseguida el cariño de todos”,* como recuerda López-Amor; fondistas como Jesús Hurtado o Enrique Moreno quienes como recuerda González Amo *“siempre estaban de broma y con entrenamientos increíbles, pero que te ayudaban siempre con sus consejos”;* e incluso veteranos como Molezún, olímpico en Londres 1948 y al que definen como un estilista de las vallas.

Y así hasta llegar a los chicos de la Blume, que con los Albarrán, Alcázar, Atilano Amigo, *“Pipe”* Areta, Armengol, Artiach, Asensio, Barbeitos, Campra, Culleré, De Andrés, Gabeiras, Lombao, José Luís Martínez, Elías Reguero y posteriormente Gayoso, Jones, Osaba, Rivas o Sola entre otros muchos *“dieron a las pistas de la Ciudad Universitaria un nivel y un ambiente increíble”,* según palabras de González Amo.



Junto a los más recordados, el vestuario y las pistas eran un crisol de atletas de todas las edades y categorías deportivas y sociales, la mayoría de ellos universitarios, como era la tónica predominante del atletismo de entonces, lo que hacía que la Ciudad Universitaria se llenase de personajes tan significativos como *“Fernando de Miguel, estudiante de Caminos y un muy buen fondista que, debido al frío, era capaz de ponerse y quitarse a la vez, aunque parezca increíble, la camiseta, la camisa, el jersey, el abrigo y hasta la corbata, o José Luís Pascual ‘Pascualín’ (había otro Pascual al que llamábamos ‘Pascualón’), eterno estudiante de medicina y corredor de todo, desde velocidad y vallas hasta maratón, cuyos consejos de cara a tranquilizar los nervios para competir no se pueden contar por aquí”*, como continúa relatando el propio González Amo, olímpico en México 1968.

Pero lejos de ser un lugar exclusivo para los atletas, la pista era un reflejo del ambiente universitario del Madrid de la época, y allí, entre el césped y la cancha de baloncesto aledaña, se daban cita toda clase de deportistas y personajes entre los que se podían encontrar desde jugadores de rugby como el mítico Margarito, futbolistas (*“recuerdo a Enrique Collar intentando regatearme aquí”*, apun-

ta Rancaño), *jugadores de baloncesto* (desde Díaz Miguel a Tamames pasando por Macías, antiguo plusmarquista de mil quinientos metros, o el periodista Burges, quienes mantenían grandes piques bajo el aro), *hasta toreros como Dámaso Gómez y sus cicatrices e incluso actores que iban allí a broncearse, sin olvidarnos de los excelentes periodistas de la época* (a cuyos periódicos siempre con una página dedicada al atletismo tanto echan de menos nuestros tertulianos) entre los que se encontraban nombres como Escamilla, Lorente, Gómez Aróstegui, Piernavieja, Rivadulla, Herreros o Suet entre otros, perfectamente integrados en el ambiente que allí se vivía, así como Velasco, el célebre fotógrafo de atletismo quien, como todos recuerdan, a pesar de su dificultad física para moverse, era capaz de sacar una foto de los cien metros lisos a los sesenta metros y a la llegada, de forma que todos los atletas tenían su fotografía que abonaban con la paga de los domingos.

Y por encima de todo, en la vieja pista quedará el recuerdo de los entrenadores que muy lentamente fueron tecnificando y modernizando nuestro atletismo, como el italiano Giovanni Batista Mova, que fue contratado en 1949 para la dirección técnica del atletismo español por el general Agulla, responsable del departamento de Educación Física del Frente de Juventudes, y al que muy pronto se unieron entrenadores españoles como José Luís Torres (Colegio Calasancio), Rafael Caverro (que entrenaba a los alumnos del Colegio del Pilar y a la inmensa mayoría de los atletas del club Canguro), Carlos Álvarez del Villar (Sagrada Familia), o el jovencísimo José Manuel Ballesteros (Colegio Areneros) entre otros, quienes supieron encontrar el vínculo entre colegios y centros de enseñanza con el deporte, la educación física y el atletismo de una forma que no se ha vuelto a ver en nuestro país, al tiempo que sembraron la semilla del grupo de entrenadores al que posteriormente se fueron incorporando antiguos atletas suyos como Lombao, Barbeitos o José Luís Martínez y que luego, en los años sesenta y sobre todo con la llegada del INEF, permitió ir diversificando grupos y especialidades, aunque piezas clave como el propio Torres siguieran dirigiendo el acondiciona-

miento físico general de todos los distintos grupos.

*“El ambiente que se vivía en esta pista era increíble”*, recuerda Bernardino Lombao. *“Sin duda – afirma también López-Amor –, el ambiente de deporte, de amistad y de generosidad que aquí se creaba era lo más bonito y los más interesante, tanto en el día a día como en todas las competiciones que se organizaban y tras las cuales todos nos subíamos juntos a tomar unos vinos”*

Las mujeres tuvieron vetada la práctica del atletismo hasta 1963, con una prohibición franquista que interrumpió de golpe los grandes avances que habían conseguido un buen puñado de pioneras durante la República. Pero con la llegada de ese año y la aparición de las primeras mujeres por las pistas de la Ciudad Universitaria, como recuerda Jorge González Amo, *“la cosa se animó todavía mucho más y el ambiente fue aún más extraordinario”*.

*“En 1962, todos los países menos España vinieron a los Juegos Iberoamericanos que se disputaron en el recién inaugurado Estadio de Vallehermoso con mujeres en sus equipos, porque aquí estaba prohibido. Pero a partir de ese momento fue cuando pudimos empezar a movilizarlo y conseguir que se levantara la prohibición”* detalla Bernardino Lombao, quien junto a José Manuel Ballesteros fueron, en el caso de Madrid, los dos entrenadores pioneros que consiguieron introducir a la mujer en la práctica del atletismo, después de echar las redes en busca de atletas en las facultades, en el caso de Ballesteros, y en la Escuela que la Sección Femenina tenía en el Colegio Mayor de la Almudena en la Ciudad Universitaria, en el caso de Lombao, donde daba clases de Educación Física.

*“En 1963 ya estaba entrenando a un grupo de chicas, pero tras la apertura de mano por parte del régimen todo el trabajo estaba por hacer, al tener que partir de cero – recuerda Ballesteros –. Fui a ver a Alicia Lage, que era la responsable del deporte femenino por aquel entonces y la dije que teníamos que celebrar un Campeonato de España femenino y así, con las catalanas que ya habían empezado a organizarlo, entre la Federación Española de Atletismo y la Sección Femenina se consiguió restaurarlo en aquella edición de 1963 en Montjuic”*, donde se disputaron las pruebas de 100 y 200 metros,



## REPORTAJE

de 100 metros vallas, de salto de altura y de longitud, de lanzamiento de jabalina y de relevo 4x100, para poco a poco irse ampliando en los siguientes años.

*“Y así, simultáneamente, comenzamos Lombao con un grupito y yo con otro— continúa contando Ballesteros, que ese mismo año se convertiría en el primer seleccionador femenino español -, y ense- guida conseguimos organizar una prueba de selección en el Palacio de los Deportes, a la que acudieron casi mil chicas y que nos permitió ir conformando la selección madrileña que compitió en aquel restaurado Campeonato de España femenino”,* antes del cual, en el mes de abril de 1963, se disputó en estas pistas de la Ciudad Universitaria el Campeonato de España Universitario, la primera competición de cierta importancia que hubo con mujeres en Madrid tras el levantamiento de la prohibición, con el consiguiente lleno total en el expectante graderío.

*“En Zaragoza – nos cuenta Blanca Miret, campeona de España de longitud en 1965 y de pentatlón en 1968 y 11 veces plusmarquista española entre 1963 y 1968 en 200 metros, longitud, 4x100 y 4x200 – recuerdo que mis primeras pruebas de atletismo fueron cuando estudiaba para ATS, siendo ya más mayor, porque antes no existía el atletismo para nosotras y en el colegio nunca pude practicarlo. Y a los dos meses de haber comenzado, ya estaba en el Campeonato de España, donde de haber existido la foto finish seguro que hubiese sido la ganadora de los cien metros por delante de María Luisa Consegal”.*

*“Me vine a Madrid para entrenar con él - continúa Blanca Miret (“¡y yo la seleccioné para casarme con ella!” apunta entre risas Ballesteros) -, y la verdad es que cómo han cambiado estas instalaciones... Lo recuerdo perfectamente de los entrenamientos y de todos los Campeonatos Universitarios, por entonces una de las competiciones más importantes que había, que se celebraron aquí (ininterrumpidamente desde 1959, desde 1963 en el caso de las mujeres, hasta 1969) y que tantos éxitos me dieron”.*

*“Precisamente, esta pista fue testigo de todo esto: juegos escolares, universitarios, encuentros internacio-*



*nales... y la auténtica desgracia fue cargarse ese modelo deportivo en lugar de modificarlo o adaptarlo a los tiempos” señala Lombao, al tiempo que todos coinciden en señalar la desaparición de los Juegos Escolares y el modelo deportivo de base que se daba en los mismos patios de los colegios como el punto más negativo de la evolución que hemos vivido desde aquella época a la actual, abriendo un interesantísimo debate sobre todo los que nos hemos ido dejando por el camino. “Un país no puede medirse por el número de medallas que tiene – continúa López-Amor -, sino por el espíritu que tiene de hacer deporte, por su formación deportiva, que creo que precisamente es lo que falta ahora mismo en*

*España. En los colegios no hay una verdadera educación física, no hay cultura deportiva. Y no solo no existe un programa, sino que no hay deporte, relegado como está a una actividad extraescolar que además hay que pagar, cuando nosotros jamás pagamos por hacer deporte y encima teníamos cientos de competiciones”.*

*“En aquellos años cincuenta – apunta Regino García-Badell -, sin medios, solo con esta pista de trescientos metros y ceniza donde tenían que venir a entrenar todos los chicos, ponías a Torres en el Calasancio, a Ballesteros en Areneros, al otro en el otro lado... y si te paras a ver lo que sacaba cada uno de ellos en cada curso, te quedas maravillado. Ahora, por cada instituto de mil alumnos tienes a varios licenciados en INEF, con una formación impensable en aquellos años, y en cambio no sale nada...”*



Regino García-Badell, José Luis Martínez, Jesús Rancaño, Bernardino Lombao, Blanca Miret, José Manuel Ballesteros, Jaime López-Amor, José Luis Torres, Jorge González Amo y Juan Gil.

*“Y sobre todo, a parte del trabajo que hacíamos cada uno en los colegios – añade José Manuel Ballesteros -, teníamos los Juegos Escolares donde coincidíamos todos y donde competíamos de verdad con los distintos equipos. Ahora tenemos licenciados muy preparados pero la Educación Física que existe es muy limitada, porque nuestro país está completamente parado, y no hay una verdadera competición escolar. No hay competiciones.”*

*“Se han sucedido distintos proyectos de educación – incide Bernardino Lombao – y en ningún momento se ha discutido el tema de la asignatura del ejercicio como el elemento tan importante que debe de ser. Hemos discutido de multitud de temas, hasta sobre religión, pero en esos planes jamás se ha discutido sobre el deporte como pilar educativo únicamente pensado en términos de formación y en salud, no en resultados.”*

*“Y al final nos metemos en un tema político, cuando en realidad ni siquiera sería necesario, pero es que en España la*

*sociedad civil no está organizada – se lamenta finalmente Jaime López-Amor -. El Estado no te lo puede dar todo, pero aquí la sociedad civil no solo no exige ni pide nada, sino que ni siquiera se mueve y se va acomodando cada vez más.”*

Según cae la tarde y la luz de noviembre comienza a desaparecer del cielo madrileño, la tertulia continúa con nuestros protagonistas celebrando seguir vivos y brindado por todo lo vivido, mientras que las risas y las conversaciones van saltando de un tema a otro recorriendo todos los cambios que vivieron en primera línea, desde el paso del amateurismo al profesionalismo, pasando por todas las innovaciones técnicas que no llegaron a consolidarse, como la zapatilla compensada, el estilo español en el lanzamiento de jabalina o los ochocientos metros con trescientos metros por calles, hasta todos los cambios que, poco a poco, fueron diseñando el atletismo que conocemos hoy en día, con la llegada del estilo O’Brien en el lanzamiento de peso que tan bien recuerda el propio Torres, la irrupción del tartán, la aparición de las colchonetas para amortiguar las caídas de los saltos verticales, la revolución de Fosbury en el salto de altura o la implantación definitiva de las pértigas de fibra.

*“Con el final de estas pistas se acabó el romanticismo de una época que a todos los que lo vivimos nos dio, por encima de todo, la maravillosa satisfacción de practicar el más bello deporte entre amigos con el único objetivo de la superación personal. Desde entonces, todo lo que he sido en mi vida se lo debo al deporte” – reflexiona Jaime López-Amor.*

*“Siempre he dicho que el atletismo es una escuela de vida – señala Ballesteros -. Todos mis atletas que he visto que han sido unos luchadores, que han aprendido a sacrificarse, a sufrir y que han descubierto los auténticos valores del deporte, luego nunca los he visto fracasar en la vida, nunca se han quedado al margen,” añade José Manuel Ballesteros cuando le preguntamos por el maravilloso ejemplo que ellos mismos representan, siempre en movimiento a pesar del paso de los años y siempre tan lejos de acomodarse*

*“Y para los chicos de entonces – termina de apuntar Jorge González Amo -, igual que se decía que la calle era la escuela de vida, para los que tuvimos la suerte de venir a “la Universitaria”, esta fue nuestra escuela, con los mejores profesores y catedráticos que se podrían tener, además, en todas las asignaturas.”*

Y mientras, como testigo de todo ello, la vieja pista de la Ciudad Universitaria seguirá siendo uno de los mejores lugares que nos ofrece la gran ciudad para correr, pasear o simplemente disfrutar del cielo de Madrid tumbados en la hierba mientras recordamos lo que fue y lo que debe seguir siendo (*“No cuentes los días, haz que los días cuentes”*; como nos dice el grafiti que ahora colorea el gris de las viejas fotografías), porque utilizando las palabras de Camilo José Cela en el prólogo de la primera edición de *“La Colmena”* para definir lo que simboliza este lugar: *“no aspira a ser más que un trozo de vida narrado sin retenciones, sin extrañas tragedias, sin caridad, como la vida discurre, exactamente como la vida discurre. Queramos o no queramos. La vida es lo que vive – en nosotros o fuera de nosotros -; nosotros no somos más que su vehículo, su excipiente como dicen los boticarios.”*